

UNIDAD DIDÁCTICA 3:

Iniciando procesos (cf. EG 223). Elegir los medios pastorales necesarios para responder

Introducción

La respuesta humana al don divino se desarrolla en un determinado contexto; supone, pues, saber utilizar los recursos humanos de todo tipo que están a disposición de una comunidad cristiana. Es necesario contar con una metodología teológico-pastoral que ayude a hacer las opciones necesarias sin desviarse del objetivo último y ciñéndose a los recursos actualmente disponibles.

El objetivo de la tercera unidad es *ofrecer las líneas generales de una metodología teológico-pastoral, siguiendo la línea de la invitación de Francisco a una nueva etapa evangelizadora que ayude a **elegir** los medios más convenientes para responder a los desafíos encontrados desde el ser misionero.*

Esta unidad didáctica es más larga que las otras, ya que es el culmen de todo lo anterior. Se divide en dos partes: la primera (apartados 1 al 4), más general, sobre la transformación misionera de la pastoral; y la segunda (apartados 5 al 8), más específica, sobre la práctica de la animación misionera. En la primera parte se tomará como referencia el paradigma de la misión *ad gentes* (apartado 1) y los elementos que le dan el carácter paradigmático (apartados 2 y 3) para fundamentar una metodología pastoral (apartado 4). En la segunda parte esto se aplicará a la comunión entre las Iglesias (apartado 5) con el fin de comprender el sentido de los medios que se exponen y que hay que poner en práctica (apartado 6) para hacer una opción misionera (apartado 7), sirviéndose de la organización misionera de la Iglesia (apartado 8). El objetivo último es conseguir un compromiso *estable y permanente* con la misión universal, que manifieste que es un elemento esencial de la pastoral ordinaria (cf. RMI 83).

1. “La salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia” (EG 15)

[Competencia 2.2.4]

Jesús fue enviado por el Padre con la unción del Espíritu Santo para anunciar la Buena Noticia del reino de Dios (ver UD 2.1); esa misma misión es la que encomienda al bautizado (ver UD 2.2) y a la Iglesia (ver UD 2.3), para ser extendida a todas las realidades humanas, sin limitación de tiempo o espacio. El Concilio Vaticano II, a propósito del deber de la Iglesia de difundir el Evangelio en el mundo entero, constata que, por un lado, “es único e idéntico en todas partes y en todas las condiciones, aunque no se realice del mismo modo según las circunstancias” (AG 6); y, por otro, que hay diferencias, las cuales “no proceden de la naturaleza misma de la misión, sino de las circunstancias en que esta misión se ejerce” (ibíd.). Aquí radica la gran variedad de modalidades en que se desarrolla la misión de la Iglesia, ya que “dependen, a veces, de la Iglesia, y a veces también, de los pueblos, de los grupos o de los hombres a los que la misión se dirige” (ibíd.).

La evangelización de por sí es una actividad compleja, y “ninguna definición parcial y fragmentaria refleja la realidad rica, compleja y dinámica que comporta la evangelización” (EN 6). Siguiendo los pasos de Jesús, la acción evangelizadora de la Iglesia comprende muchos aspectos:

La evangelización, hemos dicho, es un paso complejo, con elementos variados: renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito, adhesión del corazón, entrada en la comunidad, acogida de los signos, iniciativas de apostolado. Estos elementos pueden parecer contrastantes, incluso exclusivos. En realidad son complementarios y mutuamente enriquecedores. Hay que ver siempre cada uno de ellos integrado con los otros. (EN 24)

Esta actividad, además, depende de otros muchos factores: los destinatarios y su situación social, económica y cultural; los agentes evangelizadores que la llevan a cabo; las acciones que se emprenden; los medios utilizados, etc. La encíclica *Redemptoris missio* abordó especialmente la cuestión desde la perspectiva de considerar la situación de la Iglesia en un determinado contexto humano; de este modo, distingue “tres situaciones”:

En primer lugar, aquella a la cual se dirige la actividad misionera de la Iglesia: pueblos, grupos humanos, contextos socioculturales donde Cristo y su Evangelio no son conocidos, o donde faltan comunidades cristianas suficientemente maduras como para poder encarnar la fe en el propio ambiente y anunciarla a otros grupos. Esta es propiamente la misión *ad gentes* [AG 6].

Hay también comunidades cristianas con estructuras eclesiales adecuadas y sólidas; tienen un gran fervor de fe y de vida; irradian el testimonio del Evangelio en su ambiente y sienten el compromiso de la misión universal. En ellas se desarrolla la actividad o atención pastoral de la Iglesia.

Se da, por último, una situación intermedia, especialmente en los países de antigua cristiandad, pero a veces también en las Iglesias más jóvenes, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio. En este caso es necesaria una «nueva evangelización» o «reevangelización». (RMi 33)

En cualquier caso, hay que tener en cuenta que la actividad misionera de la Iglesia centrada en el primer anuncio de Cristo tiene una importancia primordial: “Cuando a este primer anuncio se le llama «primero», eso no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio *principal*, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra” (EG 164).

Desde san Juan Pablo II y la encíclica *Redemptoris missio* se viene repitiendo, de una manera u otra, que la misión *ad gentes* es el modelo más emblemático para la pastoral de la Iglesia. Benedicto XVI en el mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones del año 2012 afirma con claridad que “la misión *ad gentes* debe ser el horizonte constante y el paradigma en todas las actividades eclesiales”. Afirmación que ha sido retomada por el papa Francisco y que reformula con las siguientes palabras: “La salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia” (EG 15).

El carácter paradigmático de la misión *ad gentes* para toda la acción evangelizadora de la Iglesia se debe principalmente a dos motivos:

1. La centralidad del kerigma (apartado 2), ya que es el “anuncio principal” que debe ser siempre escuchado y anunciado.

2. La actitud de apertura al mundo y de salida de sí (apartado 3) para que el anuncio llegue a todas las personas y pueblos y realizar la universalidad de la Iglesia.

2. La centralidad del kerigma

[Competencia 2.1.5; 2.2.3]

El papa Francisco ha retomado con fuerza la necesidad expresada por san Pablo VI en *Evangelii nuntiandi* de que los cristianos den “razón de su esperanza” (1 P 3,15), es decir, “un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús [...] el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el Reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios” (EN 22). Lo importante del kerigma, del primer anuncio, es que se centra en lo esencial del mensaje de Cristo, “una sustancia viva, que no se puede modificar ni pasar por alto sin desnaturalizar gravemente la evangelización misma” (EN 25); y que no puede ser otra que dar testimonio “de Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo. Testimoniar que ha amado al mundo en su Verbo Encarnado, ha dado a todas las cosas el ser y ha llamado a los hombres a la vida eterna” (EN 26).

La importancia del kerigma en la Iglesia es trascendental ya que tiene la capacidad de introducir al hombre en el misterio del amor de Dios, permite descubrir la acción misteriosa de Dios que antecede a cualquier obra de evangelización y anima a colaborar generosamente con la obra del Espíritu en los corazones de las personas y de los pueblos:

Nos hace falta una certeza interior y es la convicción de que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, también en medio de aparentes fracasos, porque «llevamos este tesoro en recipientes de barro» (2 Co 4,7). Esta certeza es lo que se llama «*sentido de misterio*». Es saber con certeza que quien se ofrece y se entrega a Dios por amor seguramente será fecundo (cf. Jn 15,5). Tal fecundidad es muchas veces invisible, inaferrable, no puede ser contabilizada. Uno sabe bien que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo. Tiene la seguridad de que no se pierde ninguno de sus trabajos realizados con amor. (EG 279)

Benedicto XVI explica la esencia del kerigma al inicio de su encíclica *Deus caritas est*, cuando cita lo que dice san Juan: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4,16); y comenta: “*Hemos creído en el amor de Dios*: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DCE 1). Es este encuentro renovado con Jesús el que llena de alegría al bautizado y le mueve a comunicar la buena noticia del Evangelio (cf. EG 9-13).

Sin embargo, san Pablo VI constata que “este anuncio —*kerygma*, predicación o catequesis— adquiere un puesto tan importante en la evangelización que con frecuencia es en realidad sinónimo. Sin embargo, no pasa de ser un aspecto” (EN 22). Porque la acción evangelizadora de la Iglesia no se limita al primer anuncio; la fe en Cristo está llamada a crecer y a formarse para ser también comunicada. Dice Francisco: “El envío misionero del Señor incluye el llamado al crecimiento de la fe cuando indica: «enseñándoles a observar todo lo que os he mandado» (Mt 28,20). Así queda claro que el primer anuncio debe provocar también un camino de formación y de maduración” (EG 160).

Al suscitar la conversión de los corazones, el primer anuncio cambia la vida de las personas y los pueblos, transformándolos con la fuerza renovadora del evangelio: “El kerygma tiene un contenido ineludiblemente social: en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros. El contenido del primer anuncio tiene una inmediata repercusión moral cuyo centro es la caridad” (EG 177).

Por último, el kerigma es también central en la Iglesia porque determina el modo en que se produce el primer anuncio. El papa Francisco lo expresa de la siguiente manera:

La centralidad del *kerygma* demanda ciertas características del anuncio que hoy son necesarias en todas partes: que exprese el amor salvífico de Dios previo a la obligación moral y religiosa, que no imponga la verdad y que apele a la libertad, que posea unas notas de alegría, estímulo, vitalidad, y una integralidad armoniosa que no reduzca la predicación a unas pocas doctrinas a veces más filosóficas que evangélicas. Esto exige al evangelizador ciertas actitudes que ayudan a acoger mejor el anuncio: cercanía, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena. (EG 165)

De hecho, el papa Francisco usa la expresión *nueva evangelización* en el sentido de hacer hincapié en la fuente de la misión de la Iglesia, que es el Evangelio de Jesús: el contenido, la forma y las consecuencias sociales que conlleva. Es significativo que el uso que el Papa hace del concepto *nueva evangelización* no es su acepción usual —una de las formas que adquiere la actividad pastoral, cf. RMI 33—, que se restringe al segundo campo de los indicados como necesitados de nueva evangelización. Porque el Santo Padre usa *nueva evangelización* con un nuevo matiz, que se corresponde con la intención de la encíclica *Evangelii gaudium*: llenarlo todo con “la alegría del Evangelio” (n. 1). “El Evangelio, donde deslumbra gloriosa la Cruz de Cristo, invita insistentemente a la alegría” (n. 5), su centro es el encuentro con Jesucristo (cf. n. 7), y como “toda experiencia auténtica de verdad y de belleza busca por sí misma su expansión” (n. 9), el Papa repite con san Pablo “«¡Ay de mí si no anunciara el Evangelio!» (1 Co 9,16)” (ibíd.); hacen falta, pues, “«ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo» [EN 80]” (n. 10). A continuación, el apartado que lleva por título “Una eterna novedad” (nn. 11-13) hace una descripción precisa de cómo el Evangelio renueva a los fieles y a la Iglesia y, en consecuencia, la acción evangelizadora, que, si es auténtica, es siempre *nueva* (n. 11).

En resumen, el papa Francisco resalta del kerigma que es imprescindible para una *nueva evangelización*, es decir, para que el Evangelio ocupe el centro de toda actividad de la Iglesia; de esta manera está asegurada la renovación constante de las personas, las comunidades, las instituciones, las programaciones, etc. de toda la Iglesia, de la sociedad y del mundo entero.

3. La apertura y la salida

[Competencia 2.1.4]

La experiencia del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús que nos infunde el Espíritu Santo en el corazón nos hace discípulos misioneros (UD 1.1), y a toda la Iglesia, misionera (UD 1. 2); esta experiencia lleva a “desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente” (EG 268). La misión *ad gentes* es paradigmática para el bautizado y la Iglesia porque pone ante sus ojos la figura concreta del misionero. Ser misionero por definición es salir del propio mundo para ir a otro con el fin de hacer partícipes a otras personas, culturas, pueblos... del

amor de Dios, del Evangelio de Jesús y de la comunión eclesial. Es la realización visible más plena de que el cristiano es hermano de todos y no siente a nadie como extraño; para el cristiano no hay distinciones, porque todos somos uno en Cristo (cf. Gal 3,28), “un único hombre nuevo” (Ef 2,15); el misionero lo plasma de manera perceptible con toda su vida y actividad.

El misionero, en efecto, va a lugares y culturas para él extraños, para convivir con la gente y ser testigo del Evangelio en otros pueblos y culturas. Su motivación es siempre su encuentro con Cristo, la experiencia del amor universal del Padre y la vida divina que infunde el Espíritu Santo. El bautizado como discípulo misionero debe cultivar la unión discipular con el Maestro y la disponibilidad para el envío misionero, como dice el Evangelio de los primeros apóstoles de Jesús: “para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar” (Mc 3,14). El encuentro con Cristo implica ambas dimensiones: la comunión con Él y el envío misionero; ambas están indisolublemente unidas y son inseparables entre sí, a riesgo de desvirtuarse ambas.

Tomar la misión *ad gentes* como paradigma significa que la Iglesia en su conjunto vive en actitud de *apertura de corazón* hacia el extraño y extranjero y de *salida de sí misma* hacia los demás.

Apertura a lo distinto en toda su amplitud. Para la Iglesia, que es universal por su misma naturaleza, nada hay extraño ni ajeno; todo lo humano lo siente como propio, como ya afirmaba el Concilio Vaticano II:

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia. (GS 1)

En la encíclica *Fratelli tutti* del papa Francisco, el capítulo segundo lleva el título “Un extraño en el camino”. En él habla del prójimo para que no hagamos de ello un concepto abstracto, sino que reconozcamos en el extraño una llamada a hacernos prójimos, a la apertura de la mente y del corazón, sin incurrir en las estrechuras en las que caemos por nuestra falta de sensibilidad hacia los demás. Dice en el número 84:

Finalmente, recuerdo que en otra parte del Evangelio Jesús dice: «Fui forastero y me recibieron» (Mt 25,35). Jesús podía decir esas palabras porque tenía un corazón abierto que hacía suyos los dramas de los demás. San Pablo exhortaba: «Alégrense con los que están alegres y lloren con los que lloran» (Rm 12,15). Cuando el corazón asume esa actitud, es capaz de identificarse con el otro sin importarle dónde ha nacido o de dónde viene. Al entrar en esta dinámica, en definitiva experimenta que los demás son «su propia carne» (Is 58,7).

Lo distinto a nosotros, lo diferente, más aún, el extraño y el forastero, constituyen una interpelación a descubrir a Dios que se manifiesta en ello de una manera distinta a como estamos acostumbrados: “Para los cristianos, las palabras de Jesús tienen también otra dimensión trascendente; implican reconocer al mismo Cristo en cada hermano abandonado o excluido (cf. Mt 25,40.45)” (*Fratelli tutti*, 85). Los misioneros han hecho de ello su vida; por eso

son el paradigma del cristiano, que debe ver siempre en el extraño y el extranjero un hermano al que Dios ama y por el que Cristo ha dado su vida:

El misionero es el «hermano universal»; lleva consigo el espíritu de la Iglesia, su apertura y atención a todos los pueblos y a todos los hombres, particularmente a los más pequeños y pobres. En cuanto tal, supera las fronteras y las divisiones de raza, casta e ideología: es signo del amor de Dios en el mundo, que es amor sin exclusión ni preferencia. (RMi 89c)

La actitud de apertura del corazón debe ir necesariamente acompañada por actos que la exterioricen: hay que salir de sí mismo hacia el otro.

Salida de sí misma. Como recuerda el papa Francisco, el mandato misionero de Jesús determina la manera de ser de la Iglesia:

Hoy, en este «id» de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva «salida» misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio. (EG 20)

Por otro lado, si la vida del discípulo misionero de Jesús está llena de la alegría del Evangelio, esta “siempre tiene la dinámica del éxodo y del don, del salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá” (EG 21). No es posible reservarse para uno mismo el gozo del encuentro con Cristo y de vivir el Evangelio; si son auténticos, se traduce en espíritu misionero, querer comunicar junto con los hermanos la experiencia de Jesús para ampliar la comunión de la Iglesia y que sea más universal: “La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión «esencialmente se configura como comunión misionera» [ChL 32] [...] La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie” (EG 23).

Según el papa Francisco, la salida de la Iglesia de sí misma se traduce en cinco verbos: *primerear, involucrarse, acompañar, fructificar y festejar* (cf. EG 24). Para él significan lo siguiente:

«Primerear»: La comunidad evangelizadora sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos.

«Involucrarse»: La comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo. Los evangelizadores tienen así «olor a oveja» y estas escuchan su voz.

«Acompañar». La comunidad evangelizadora acompaña a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean. Sabe de esperas largas y de aguante apostólico.

«Fructificar». La comunidad evangelizadora siempre está atenta a los frutos, porque el Señor la quiere fecunda. Encuentra la manera de que la Palabra se encarne en una situación concreta y dé frutos de vida nueva, aunque en apariencia sean imperfectos o inacabados.

«Festejar». La comunidad evangelizadora celebra y festeja cada pequeña victoria, cada paso adelante en la evangelización.

Estas cinco acciones son las que el papa Francisco propone para acompañar la apertura del corazón hacia los demás y hacer realidad la salida de sí mismo.

Se comprende, en conclusión, que, la misión *ad gentes*, por la centralidad del kerigma en la Iglesia, así como la apertura y la salida de sí que provoca, sea el paradigma de toda la acción evangelizadora de la Iglesia.

4. La metodología pastoral: reconocer, interpretar y elegir

[Competencia 2.1.3; 2.2.6]

Proponer la acción misionera como paradigma de toda evangelización implica —antes que nada— una actitud espiritual que fomente la pasión evangelizadora (cf. EG 78), que es a la vez pasión por Jesús y por el mundo (cf. EG 268) (ver UD 1.2), para crear la conciencia pastoral (ver UD 2.5). Al mismo tiempo se debe plasmar de una manera sistemática, porque el modo de crecer en apertura y salida es utilizando la metodología adecuada. El Papa en esto ha introducido una importante novedad, que es la revitalización de la sinodalidad de la Iglesia.

La metodología sinodal aplicada a la misión de la Iglesia ha sido aplicada —por deseo de Francisco— en todo el proceso de la XV Asamblea General del Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional, que tuvo lugar en octubre de 2018; el correspondiente documento final acoge la propuesta del papa Francisco en EG 51 sobre el discernimiento como instrumento pastoral, lo desarrolla y lo aplica: “Es preciso esclarecer aquello que pueda ser un fruto del Reino y también aquello que atenta contra el proyecto de Dios. Esto implica no solo reconocer e interpretar las mociones del buen espíritu y del malo, sino —y aquí radica lo decisivo— elegir las del buen espíritu y rechazar las del malo”.

Hay que resaltar dos puntos. El primero es que para el papa Francisco la pastoral es un proceso de discernimiento espiritual, no es simple planificación humana. El segundo es que este discernimiento pastoral se basa en tres pasos: reconocer, interpretar y elegir; estos no son independientes, sino que configuran un camino. El documento final del Sínodo lo explicita en el número 4 del siguiente modo:

Hemos reconocido en el episodio de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,13-35) un texto paradigmático para comprender la misión eclesial en relación con las jóvenes generaciones [...] Jesús camina con los dos discípulos que no han comprendido el sentido de lo sucedido y se están alejando de Jerusalén y de la comunidad. Para estar en su compañía, recorre el camino con ellos. Los interroga y se dispone a una paciente escucha de su versión de los hechos para ayudarles a reconocer lo que están viviendo. Después, con afecto y energía, les anuncia la Palabra, guiándolos a interpretar a la luz de las Escrituras los acontecimientos que han vivido. Acepta la invitación a quedarse con ellos al atardecer: entra en su noche. En la escucha, su corazón se reconforta y su mente se ilumina, al partir el pan se abren sus ojos. Ellos mismos eligen emprender sin demora el camino en dirección opuesta, para volver a la comunidad y compartir la experiencia del encuentro con Jesús resucitado.

Estos constituirían los tres pasos metodológicos para la elaboración de una pastoral en la teoría y en la práctica. Muy sumariamente, con palabras del documento de trabajo (n. 3), se pueden esbozar como:

1. Reconocer lo que se está ya viviendo y haciendo para plasmar la misión: mirar, escuchar, prestar atención, proximidad, empatía, sintonía..., o sea, distinguir los rasgos concretos que ya existen de apertura de la comunidad hacia su entorno y las acciones que se han emprendido en este sentido.
2. Interpretar los acontecimientos a la luz de la Escritura y la teología: “construir un marco de referencia adecuado desde el punto de vista teológico, eclesiológico, pedagógico y pastoral”. Para ello hay que dejarse interpelar de nuevo por el Evangelio, escuchar de nuevo el kerigma del amor universal de Dios para querer responder a las nuevas interpelaciones que provienen de la realidad humana.
3. Elegir: “examinar instrumentos y prácticas pastorales, y cultivar la libertad interior necesaria para elegir aquellos que mejor nos permiten alcanzar el objetivo”; hacer —personal y comunitariamente— una opción misionera reflexionada, madurada y firme.

Como se ha visto en el apartado anterior, el paradigma es la misión *ad gentes* y la labor de los misioneros que salen hacia los extranjeros, los extraños, etc. para interesarse de corazón por ellos y llevarles el anuncio del Evangelio. Este paradigma hay que tenerlo muy presente delante de los ojos; de lo contrario, no se comprende el alcance de esta metodología.

La propuesta del método pastoral que hace el documento final del Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes hace referencia al pasaje del encuentro de Jesús con los discípulos de Emaús. Habla de un encuentro con un desconocido, que se sucede en diversas etapas y da lugar a un cambio en las personas y su manera de entender y vivir la situación en que se encuentran. Este hecho hace comprender que la pastoral es antes que nada el encuentro con un extraño, que sigue un itinerario que se recorre juntos progresivamente y que al final no se detiene porque es un nuevo comenzar.

Como es patente en la historia de la Iglesia —desde el Nuevo Testamento—, solo del encuentro con el extraño, es decir, con el extranjero, con el que piensa diversamente, con el que tiene otro credo, otra cultura u otra ideología... viene el enriquecimiento de la fe de la Iglesia; todos los encuentros con lo ajeno a la Iglesia han supuesto el traspasar los límites humanos para dar el paso de la fe en la acción de Dios en Cristo resucitado por el Espíritu Santo fuera de los límites visibles de la Iglesia. Una propuesta pastoral teórica o práctica que se quede en la mera reflexión desde los presupuestos de la Iglesia, sin confrontarse con el extraño (en cualquiera de sus sentidos) a ella, está llamada a repetir monótonamente las mismas actividades, acciones, proyectos, etc., a no ofrecer más que novedades superficiales o a seguir gustos y modas del momento, sin llegar a las personas en su realidad y, menos aún, en sus periferias humanas y existenciales. Sinodalidad, además de realización de la comunión de la Iglesia, significa deseo de progresión universal (ver UD 2.4).

La novedad del Evangelio hace ver con una mirada distinta (ver UD 1.5) toda realidad humana, la acoge, la ama y suscita el deseo de hacer presente la buena noticia del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús para que pueda ser descubierto con mayor nitidez y aceptado explícitamente. Solo en este contexto tiene sentido una propuesta de discernimiento pastoral que amplíe la acción evangelizadora de la comunidad más allá de sus fronteras.

5. La intercomunicación entre las Iglesias

[Competencia 2.2.2; 2.3.6]

La metodología sinodal propuesta por el papa Francisco es una poderosa herramienta para tomar conciencia de la universalidad de la comunión misionera de la Iglesia; animada por este espíritu universal, la Iglesia debe querer realizar y vivir la comunión entre las Iglesias en la práctica, como intercomunicación entre ellas, incluyendo el envío de misioneros: “La misión de la Iglesia es más vasta que la «comunión entre las Iglesias»: esta [...] debe tener sobre todo una orientación con miras a la específica índole misionera [...] favoreciendo el incremento de las vocaciones misioneras y tratando de superar las diversas dificultades” (RMi 64c).

La historia visible de la Iglesia empieza en el grupo de creyentes de Jerusalén. Su espíritu comunitario se expresa en el libro de los Hechos de los Apóstoles: “Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones” (Hch 2,42). La comunión misionera es paradigma para las otras comunidades que fueron surgiendo y para la comunidad total, que en su conjunto ha de atender siempre a la comunión y a la misión. Desde el inicio las actividades de cada Iglesia son sostenidas por las restantes, en un ejercicio de intercomunicación que expresa de modo práctico la conciencia de sentirse una sola Iglesia realizada de manera diversificada según los contextos humanos.

La intercomunicación entre las Iglesias se manifiesta, en primer lugar, en la mutua información de lo que realizan las comunidades (cf. Hch 14,27 y 15,3). El beneficio que se sigue de esa mutua información es “comunicaros algún don del Espíritu y que os afiance, es decir, para animarnos mutuamente con la fe de unos y otros, la vuestra y la mía” (Rm 1,11-12). En línea con este modo de proceder de las primeras comunidades está lo que pide el Concilio en AG 36.

La estima fraterna dispone a recibir estas informaciones con corazón abierto, con gozo del espíritu si estas son buenas para la Iglesia, y con pesar si son malas; sin embargo, a veces suscitan perplejidad, inquietud y alarma. Entonces la intercomunicación ha de pasar al estadio de la reflexión conjunta para descubrir con ánimo fraterno cuáles son los planes del Espíritu, en los que todos deben colaborar.

La información y la reflexión prestan una base y una perspectiva a otras realizaciones de la intercomunicación entre las Iglesias, cuales son la ayuda en *personal*, la *oración* y el *testimonio*. La aportación en *personal* verdaderamente apto será siempre el momento culminante de la ayuda mutua en la intercomunicación entre las comunidades eclesiales. Y si estos misioneros mantienen relación con la Iglesia de origen, la ayudan, a su vez, a vivir la fraternidad comunitaria y el espíritu misionero (cf. AG 37).

La *oración* de la Iglesia ha tenido siempre resonancias misioneras. Hay que orar “por todos los santos” (Ef 6,18), y pedir para que “la Palabra de Dios siga su avance glorioso” (2 Tes 3,1) y para que los misioneros puedan “predicar y exponer el misterio de Cristo” con toda libertad (Col 4,3; cf. Fil 1,19; Flm 22). La relación entre la oración y la intercomunicación entre las Iglesias no acaba en el pedir, porque incluye, entre otros contenidos, la acción de gracias (cf. 2 Cor 1,8-11). Como prolongación y superación de la oración hemos de considerar la celebración de la *Eucaristía*, momento en que los fieles se acercan personal y comunitariamente al Señor y viven el misterio de la Iglesia con la máxima intensidad. La Eucaristía —esencial en la comunidad cristiana como tal— tiene ineludiblemente dimensión misionera, pues se

rememora sacramentalmente la entrega del cuerpo y el derramamiento de la sangre del Señor para todos los hombres, en el sacrificio salvífico universal. Por la Eucaristía todos entramos más y más en la dinámica pascual, esencialmente misionera. Por lo mismo, toda comunidad reunida para la Eucaristía ha de sentir entonces más intensamente que nunca la comunión con todas las otras comunidades que en el mundo entero se congregan en el Señor para vivir como Iglesia misionera.

El *testimonio* comunitario es una aportación a la Iglesia universal. No es solo un buen ejemplo colectivo, sino un reflejo exterior de la luz del Señor que vivifica la comunidad. Esta es la razón de su influjo evangelizador. El testimonio de una comunidad es especialmente percibido y contemplado por aquellas comunidades que más conocen visiblemente a la que ofrece el testimonio. Pablo daba gracias a Dios porque en el mundo entero se ponderaba la fe de la comunidad cristiana de Roma: era un valor misionero de Iglesia que, como Apóstol, sabía apreciar en lo que vale (cf. Rm 1,8). Le fue también de provecho para su tarea evangelizadora la buena acogida del Evangelio y la pronta conversión de los tesalonicenses (1Tes 1,8). Las comunidades se hacen mutuamente luz y sal cuando responden al designio de Dios, lo mismo que son estorbo a la obra misionera cuando no se muestran como cristianas, a pesar de profesarse exteriormente como tales.

Otro tipo de ayudas son las que atienden a *necesidades temporales* de las comunidades o de los miembros de estas. En efecto, por una parte, la caridad cristiana mira al hombre en totalidad y ha de rehuir toda concepción que, con pretexto de espiritualismo, elimine la ayuda en lo material concreto; y, por otra, la evangelización reclama también subsidios de orden material y económico, que las Iglesias jóvenes no pueden alcanzar por sí mismas.

La intercomunicación entre las Iglesias, como plataforma de la acción misionera que en común les compete, tiene una seria fundamentación teológica y ha de recorrer los caminos abiertos ya por las primeras comunidades cristianas. Reclama también unas *actitudes profundas permanentes* como son, ante todo, la gratitud al Señor, que por pura bondad nos ha llamado a todos, lo cual conlleva humildad y modestia en todo nuestro vivir como cristianos y, por ende, el trato mutuo entre personas o entre comunidades (cf. FD 1). De aquí se sigue también la plena conciencia del dicho de Jesús que Pablo nos recuerda y que mantiene tenso el ánimo en su deseo de hacer el bien: «Hay más dicha en dar que en recibir» (Hch 20,35).

La solicitud de cada comunidad por las demás ha de ser *permanente*, con espíritu de acogida, con comprensión y con paciencia. El lema del beato Pablo Manna, fundador de la Pontificia Unión Misional, era “toda la Iglesia, todas las Iglesias para todo el mundo”. La idea fue recogida por Benedicto XVI en su mensaje para el Domund de 2007, de título “Todas las Iglesias para todo el mundo”. En él invitaba “a las Iglesias locales de los diversos continentes a tomar conciencia de la urgente necesidad de impulsar nuevamente la acción misionera ante los múltiples y graves desafíos de nuestro tiempo”, a la vez que constataba “un providencial «intercambio de dones»” entre las Iglesias. Afirmaba que “toda comunidad cristiana nace misionera, y el amor de los creyentes a su Señor se mide precisamente según su compromiso evangelizador”, por lo que invitaba a todos los bautizados a “sentirse ellos mismos protagonistas y corresponsables de la misión de la Iglesia”. Para ello se considera necesario que “crezca la comunión entre las comunidades y se incremente la ayuda mutua, tanto en lo que atañe al personal (sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos voluntarios), como en la utilización de los medios hoy necesarios para evangelizar”.

6. Los medios: información-sensibilización, formación y cooperación

[Competencia 2.2.5]

En el apartado anterior se ha expuesto la fundamentación teológica de la intercomunicación entre las Iglesias, incluida la misión *ad gentes*. En este se van a presentar los medios concretos que hacen que una comunidad cristiana desarrolle su conciencia y compromiso misionero. Este tiene su raíz en el bautismo: “Miembros de la Iglesia en virtud del bautismo, todos los cristianos son corresponsables de la actividad misionera. La participación de las comunidades y de cada fiel en este derecho-deber se llama «cooperación misionera»” (RMi 77a).

Al inicio del siglo XXI, la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias publicó *La misión “ad gentes” y la Iglesia en España* (24-6-2001). Su apartado III, 2, resalta la importancia de la animación misionera del siguiente modo:

La animación misionera no debe ser un componente más de la actividad pastoral, sino una dimensión de toda ella. Si se debe afrontar una conversión pastoral desde la misión universal, la animación misionera no puede ser un capítulo más, sino una clave, un eje vertebrador de todo proyecto pastoral diocesano y, por analogía, de toda programación pastoral elaborada por cualquiera de los sectores o instancias de la vida eclesial.

Qué es y cómo se realiza esta animación misionera lo expone de manera sistemática san Juan Pablo II en el n. 83 de la encíclica *Redemptoris missio*.

Lo primero que afirma en este número es que “la formación misionera del Pueblo de Dios [...] ha de ser entendida no como algo marginal, sino central en la vida cristiana”. Si reconocemos que la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia (apartado 1), habrá que tomar en serio la misión y hacer que todo en la Iglesia gire en torno a ella. Ello implica que “las Iglesias locales, por consiguiente, han de incluir la animación misionera como elemento primordial de su pastoral ordinaria en las parroquias, asociaciones y grupos, especialmente los juveniles”.

Continúa exponiendo que el fin de la animación misionera se consigue ante todo con la información que ayuda a “conocer la vida de la Iglesia universal, las voces y la experiencia de los misioneros y de las Iglesias locales donde ellos trabajan”. Como se ha visto en el apartado anterior, la información tiene como objetivo el conocimiento de las otras Iglesias, para comprobar el avance de la obra evangelizadora de la Iglesia.

La información va íntimamente unida a la sensibilización, o sea, a tener elementos de juicio que muevan a buscar las decisiones más adecuadas para cumplir con el mandato misionero. En nuestro mundo abundan los ejemplos de ambos extremos: la información fría y aséptica que no toca el corazón, o el sensacionalismo sensiblero que no aporta elementos de juicio. La información en la Iglesia y sobre la Iglesia debe establecer el equilibrio entre los contenidos informativos y los elementos afectivos. Por eso, el mejor modo de la información sobre la situación de la Iglesia es el testimonio de primera mano de los misioneros, que es siempre atractivo para todos, “incluso para los alejados y los no creyentes, y es transmisor de valores cristianos” (RMi 83a).

La información y la sensibilización misioneras tienen como objetivo sembrar en el corazón del bautizado un sincero interés por la misión universal de la Iglesia. Por este motivo, RMi 83 insiste en que la formación misionera la deben impartir todos los que tienen responsabilidad

en cualquiera de los ámbitos educativos de la Iglesia, sin excluir los académicos y las ciencias misionológicas. La formación misionera está orientada a que la persona conozca la situación de la Iglesia universal en general y de las Iglesias particulares, especialmente las que necesitan ayuda para poder llevar a cabo la obra evangelizadora. Por medio de la formación misionera, el bautizado y las comunidades aprenden la manera de vivir la misión universal de la Iglesia lo primero como actitud del corazón (formación espiritual), y también los fundamentos bíblicos y teológicos de la misión (formación doctrinal), así como la manera de realizarla según los contextos (formación pastoral).

También en este mismo número san Juan Pablo II aclara los fines específicos de las actividades de animación misionera: “informar y formar al Pueblo de Dios para la misión universal de la Iglesia; promover vocaciones *ad gentes*; suscitar cooperación para la evangelización”. Como se aprecia, el fin de la animación misionera es práctico: es conducir a vivir la misión en las circunstancias concretas de cada uno; si es así, se suscitan vocaciones para la misión *ad gentes* en todo el pueblo de Dios y además este siente la urgencia de cooperar con la misión de manera espiritual, personal o económica.

Por último, el papa Juan Pablo II insiste en que la animación misionera nunca puede “dar una imagen reductiva de la actividad misionera” —desde la única perspectiva del desarrollo humano—, ya que “la actividad misionera ante todo ha de testimoniar y anunciar la salvación en Cristo, fundando las Iglesias locales, que son luego instrumento de liberación en todos los sentidos”. Debido a que a veces los problemas humanos de la pobreza, la falta de desarrollo, las injusticias, etc., nos llaman más la atención y tocan más nuestra sensibilidad, se corre el riesgo de pensar que la misión de la Iglesia es únicamente contribuir al fin de los males que afligen a nuestros hermanos. La Iglesia tiene un modo propio de contribuir al desarrollo humano, económico, social y cultural, que es por el testimonio y anuncio del Evangelio. La animación misionera tiene que mostrar la realidad de la misión de la Iglesia en toda su amplitud sin olvidar ningún aspecto, pero sin poner en primer plano aquellas dimensiones humanas de la misión que puede ser mejor entendidas y aceptadas pero que opacan lo esencial de esta.

La prueba del verdadero interés por la misión y, por tanto, de si la animación misionera ha dado su fruto, siempre será la cooperación misionera.

La participación en la misión universal no se reduce, pues, a algunas actividades particulares, sino que es signo de la madurez de la fe y de una vida cristiana que produce frutos. De esta manera el creyente amplía los confines de su caridad, manifestando la solicitud por quienes están lejos y por quienes están cerca: ruega por las misiones y por las vocaciones misioneras, ayuda a los misioneros, sigue sus actividades con interés y, cuando regresan, los acoge con aquella alegría con la que las primeras comunidades cristianas escuchaban de los Apóstoles las maravillas que Dios había obrado mediante su predicación (cf. Hch 14, 27). (RMi 77c)

Como se observa, la animación misionera de las comunidades cristianas es una tarea esencial: por medio de ella se mantiene vivo el impulso misionero que constituye su identidad, se recupera “la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas” (EN 80), y las impulsa a colaborar con generosidad en la acción misionera universal de la Iglesia, dando incluso desde su pobreza.

7. La opción misionera

[Competencia 2.1.7; 2.3.7]

Como ya se ha expuesto, tanto el sacramento del bautismo (UD 1.1) como la Iglesia (UD 1.2) tienen una dimensión intrínsecamente universal y misionera. Es un don de Dios, que regala al bautizado y a la comunidad cristiana participar de la universalidad de su amor. El don implica, al mismo tiempo, la libre respuesta —personal y comunitaria— del cristiano.

El primer paso para responder a la llamada de Dios en la misión consiste en conocer las interpelaciones que provienen tanto de fuera de la Iglesia (UD 1.3), como de dentro (UD 1.4). Este es el primer paso necesario e imprescindible, que debe ser seguido por la reflexión guiada por la palabra de Dios, porque para evangelizar la Iglesia debe primero autoevangelizarse (cf. EN 15). La meditación mueve el corazón para sentir la acción de Dios y posibilita la respuesta. Porque responder, en última instancia, es un acto de la voluntad: querer responder, tomar una decisión y hacer una opción. Implica la voluntad de conversión, tanto del corazón como de la organización de la Iglesia, para vencer las resistencias que impiden los cambios necesarios para responder a la misión en el mundo actual. Sin una opción y sin conversión, podemos caer en “un «exceso de diagnóstico» que no siempre está acompañado de propuestas superadoras y realmente aplicables” (EG 50).

El papa Francisco se ha propuesto promover “la reforma de la Iglesia en salida misionera” (EG 17); para ello es necesario adoptar un nuevo “estilo evangelizador” (EG 18) que dé como resultado la transformación misionera de la Iglesia (EG cap. I). Este es el “sueño” de Francisco, y depende de cada uno de los bautizados y de sus comunidades el que llegue a realizarse. El Papa lo describe así:

Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral solo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad. Como decía Juan Pablo II a los Obispos de Oceanía, «toda renovación en el seno de la Iglesia debe tender a la misión como objetivo para no caer presa de una especie de introversión eclesial». (EG 27)

Hacer una opción misionera. Es la decisión de “transformarlo todo”, porque “la pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así»” (EG 33). Se trata de adoptar la metodología adecuada para un discernimiento pastoral según el criterio de la evangelización en el mundo (apartado 4), que lleve al cuestionamiento de la adecuación de la pastoral a las necesidades de la misión: las actividades, pero más allá de ello, las instancias, estructuras, organización, planificación... y, sobre todo, los agentes pastorales. El resultado debe ser cambiar todos los medios que se usan en la pastoral: “las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial”.

El objetivo es la realización práctica de la apertura de la Iglesia (apartado 3), salir del ensimismamiento, de la autorreferencialidad, de la introversión, porque no responden a la

naturaleza de la Iglesia, que es universal, y porque es nocivo para las personas, las comunidades y las instituciones.

Si hablamos de un compromiso estable y permanente fruto de una opción, aquel debe evaluarse continuamente para constatar si la opción se fortalece o se debilita. Además de las herramientas pedagógicas que se deben emplear con este fin (p. ej., la revisión de vida, es necesario tener una actitud de conversión.

La conversión pastoral. Es el presupuesto indispensable; sin una actitud de querer cambiar los modos de la actividad pastoral para que sea misionera, es imposible que la misión sea paradigma de la Iglesia (apartado 1). Antes que cualquier otra cosa, es conversión del corazón a la luz del kerigma para conseguir llegar a ser discípulos misioneros (UD 1.1), venciendo las resistencias internas que nos impiden poner el deseo universal de Jesús en el centro de nuestra vida. La prueba de la sinceridad de la conversión personal es si conduce a la reforma de las estructuras pastorales, para que esa pastoral “en todas sus instancias sea más expansiva y abierta”. Deben ser estructuras que no se cierren sobre sí mismas, sino que tienden a colocar “a los agentes pastorales en constante actitud de salida”, poniendo los medios para este fin (apartado 6), y favorecen “la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad”. Porque no basta hacer reformas de la situación eclesial actual, sino que hay que sostener la actitud de búsqueda y de discernimiento para que se mantenga el dinamismo misionero de los agentes pastorales y de las comunidades cristianas, adaptándose a las circunstancias cambiantes de las personas, la sociedad y la cultura.

Es decir, se trata de usar la metodología de discernimiento pastoral y de poner los medios adecuados para lograr hacer una *opción permanente*, con motivaciones espirituales e interiores, y mantenida en el tiempo, no circunstancial, motivada por acontecimientos externos, aunque con capacidad de adaptación constante a la realidad.

“Un estilo mariano”. Hacer una opción misionera tanto personal como comunitariamente no es fruto de la mera reflexión, deliberación o decisión humanas. Si así fuera, se podría caer en la tentación de llevarla a cabo con las solas fuerzas y los solos medios humanos. Una pastoral de este tipo es una pastoral que no tiene suficientemente en cuenta la necesidad de un nuevo lenguaje de gestos y signos que muestren el amor y la misericordia de Dios, ni se adapta al ritmo cambiante de las personas y de la historia. Por eso, el Papa afirma que la actividad evangelizadora de la Iglesia debe tener “un estilo mariano” (EG 288), que consiste en “creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño” (ibíd.). Hacer una opción misionera es escuchar atentamente la palabra de Dios y responder con prontitud (cf. Lc 1,28-38), conservar en el corazón todo lo que Dios hace (cf. Lc 2,51) y dejar obrar a Dios (cf. Lc 1,49), para que sea su Espíritu el que contagie la alegría del Evangelio (cf. Lc 1,44). Actuar con espíritu de humildad y servicio es lo contrario de obrar con ánimo de superioridad o de imposición; es saber “que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes” (EG 288).

De María se aprende qué es la opción misionera, porque enseña a poner “calidez de hogar en nuestra búsqueda de justicia”, a ser contemplativos “del misterio de Dios en el mundo, en la historia y en la vida cotidiana de cada uno y de todos”, a “caminar hacia los demás” y a que “la Iglesia llegue a ser una casa para muchos, una madre para todos los pueblos, y haga posible el nacimiento de un mundo nuevo” (ibíd.). El estilo mariano de la evangelización significa el servicio incondicional a la persona antes que a la planificación, la organización o la institución; este estilo no se detiene ante la imperfección, los fallos, las limitaciones o los pecados, sino

que busca siempre la salvación de las personas. María enseña qué significa la opción misionera, porque ella es siempre el modelo de todo “evangelizador con espíritu” (EG 259).

8. Organización de la animación y cooperación misioneras

[Competencia 2.2.7]

El mandato de Jesús de anunciar el Evangelio por todo el mundo (cf. Mt 28,19-20) incumbe a todo el pueblo de Dios (UD 2.2). La Iglesia es misionera por su naturaleza y, puesto que la misión está inscrita en su mismo ser, forma parte de su misma estructura. Los bautizados y las comunidades cristianas no están solos a la hora de plasmar su compromiso misionero. Para ello cuentan con la ayuda que se les ofrece desde todas las instancias eclesiales, desde el Papa y los obispos, hasta los sacerdotes, catequistas y otros agentes de pastoral, y misioneros y misioneras. Con vistas a conseguir un *compromiso permanente*, se requieren unos *principios*, unos *responsables* y unos *servicios*.

Principios

Desde el Concilio Vaticano II la cooperación misionera adquiere una dimensión pastoral cada vez más amplia y profunda, y una organización cada vez más coordinada en orden a una mayor unidad y eficacia. La organización de la animación y cooperación misionera en toda la Iglesia se apoya en los siguientes principios doctrinales:

1. “Toda la Iglesia es misionera y la obra de la evangelización es deber fundamental del Pueblo de Dios” (AG 35).
2. La responsabilidad de la cooperación misionera gravita primariamente sobre el Papa y el Colegio Episcopal (cf. AG 29). A los obispos “afecta primaria e inmediatamente, con Pedro y bajo la autoridad de Pedro, el mandato de Cristo de predicar el Evangelio a toda criatura” (AG 38).
3. Este supremo y gravísimo deber del Papa y del Episcopado mundial se realiza por medio de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, que es competente “para todas las misiones y para toda la actividad misional” (AG 29).
4. Además debe realizarse en la Iglesia en todos los niveles (nacional, diocesano y parroquial) por medio de los organismos dependientes de la Jerarquía para la promoción y coordinación de la cooperación misional.
5. Asimismo, la Iglesia entera en todos sus planos dispone de una organización oficial y prioritaria para la cooperación misional de todas las comunidades eclesiales y de los fieles individualmente considerados: las Obras Misionales Pontificias.
6. Existen en la Iglesia, en sus diversos niveles, otras obras particulares de cooperación misionera, ligadas a los distintos carismas misioneros.
7. Toda la cooperación misional está presidida, a la luz del Vaticano II y los documentos posconciliares, por una ley propia de la naturaleza del Pontificado y del Episcopado: la adecuada coordinación como signo de la unidad eclesial y como clave para una mayor eficacia: “Los trabajos de los heraldos del Evangelio y los auxilios de los demás cristianos hay que dirigirlos y aunarlos de forma que ‘todo se haga con orden’ (1 Cor 14,40), en todos los campos de la actividad y de la cooperación misional” (AG 28).

Responsables

La función de impulsar y dirigir la misión está encomendada en *la Iglesia universal* al Romano Pontífice y al Colegio Episcopal; en la Iglesia particular, al Obispo diocesano. Ellos, cada uno en su ámbito de competencia, son los que tienen la obligación de fomentar el espíritu misionero y la cooperación misionera de todos los bautizados.

El Papa encomienda el impulso y la supervisión de la obra misionera en todo el mundo a la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, que tiene la doble responsabilidad: sobre los territorios de misión y sobre la cooperación misionera de las demás Iglesias.

En *las Iglesias particulares*, por su parte, “suscitando, promoviendo y dirigiendo el Obispo la obra misional en su diócesis, con la que forma una sola cosa, hace presente y como visible el espíritu y el celo misional del Pueblo de Dios, de suerte que toda la diócesis se hace misionera” (AG 38).

En *las parroquias*, los sacerdotes, “en el cuidado pastoral, excitarán y mantendrán entre los fieles el celo por la evangelización del mundo” (AG 39). Los demás agentes pastorales tienen también la obligación de ayudar a los bautizados a vivir la dimensión misionera de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II afirma: “Todos los fieles, como miembros de Cristo viviente, incorporados y asemejados a él por el bautismo, por la confirmación y por la Eucaristía, tienen el deber de cooperar a la expansión y dilatación de su Cuerpo para llevarlo cuanto antes a la plenitud (cf. Ef 4,13)” (AG 36). Por este motivo, son también muy numerosas las iniciativas que surgen como fruto del dinamismo misionero promovido por el propio Concilio Vaticano II. Se trata de *iniciativas institucionales y particulares* para fomentar y canalizar la generosa colaboración de los fieles con la actividad misionera de la Iglesia.

Servicios

En *la Iglesia universal* existen las Obras Misionales Pontificias como un servicio unido al ministerio del Papa y a la Congregación para la Evangelización de los Pueblos: “Estas Obras deben ocupar el primer lugar, ya que son los medios de infundir en los católicos, desde la infancia, el sentido verdaderamente universal y misionero, y de recoger eficazmente los subsidios para bien de todas las misiones, según las necesidades de cada una” (AG 38). En última instancia, el carisma de las OMP es representar la labor de los misioneros en el mundo en la Iglesia universal y en cada Iglesia particular, y canalizar las ayudas a las Iglesias más jóvenes. Signo de la relación entre la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y las OMP es que el Secretario Adjunto de la Congregación es Presidente de las Obras Misionales Pontificias. Las OMP tienen la responsabilidad de organizar las jornadas misioneras universales y de promover la animación misionera ordinaria en todos los países y las diócesis; para ello se sirven de las Direcciones Nacionales y Diocesanas, que colaboran respectivamente con las Conferencias Episcopales y los obispos en su labor propia de animación y cooperación misioneras.

En el *ámbito nacional* las Conferencias Episcopales deben tratar de “los asuntos referentes a la cooperación organizada del propio país” (AG 38) y con este fin constituyen la Comisión Episcopal de Misiones; además, como órgano de comunión misionera y de consulta pueden instituir el Consejo Nacional de Misiones.

En el *ámbito diocesano* los obispos encargan a las Delegaciones Diocesanas de Misiones la organización de la animación y cooperación misioneras. Ellas se encargan también de “mantener comunicación con los misioneros salidos de la misma comunidad, o con alguna parroquia o diócesis de las misiones para que se haga visible la unión entre las comunidades y redunde en edificación mutua” (AG 37). Una iniciativa en este sentido es el Día del Misionero Diocesano que organizan muchas de ellas. A su vez, para la animación misionera cuentan con la ayuda del testimonio de los misioneros retornados a la diócesis. También pueden disponer de un Consejo Diocesano de Misiones.

En muchas *parroquias* existe una comisión de misiones o, al menos, un grupo misionero que se encarga de la organización misionera de la parroquia.

Otras iniciativas de índole misionera son las misiones diocesanas, por las que una diócesis envía misioneros a un territorio de misión, y los hermanamientos de una parroquia con otra en un lugar de misión para intercambiar la ayuda de los agentes de pastoral, económica, recursos, etc.

Junto a estos, ligados a la estructura jerárquica de la Iglesia, hay *otros servicios de animación y cooperación misioneras*. Por la naturaleza misma de la Iglesia y de toda institución y comunidad eclesial, la cooperación universal a las misiones es prioritaria respecto a la cooperación particular, lo que no quita que surjan iniciativas de tipo misionero, fruto del espíritu misionero del pueblo de Dios.

Algunos de estos servicios son de índole carismática. De entre ellos, sobresalen los que están ligados a los institutos misioneros. Estos llevan a cabo la animación misionera por sus propios medios, con testimonios cuando se les piden, a través de revistas, con visitas a colegios, colaborando en parroquias, etc. Además, están unidos en el Servicio Conjunto de Animación Misionera para prestar su servicio a las OMP y a las diócesis de manera coordinada y más eficaz.

También están las congregaciones religiosas que tienen procuras de misiones y difunden su empeño misionero en sus colegios, asociaciones, parroquias, etc.

Existen además otras jornadas misioneras: la del Catequista Nativo (del IEME) y el Día de Hispanoamérica (de la OCSHA).

Por último, cabe mencionar que cada vez más cobra mayor importancia la aportación que hacen asociaciones y grupos de carácter misionero, los movimientos o las instituciones de ayuda al desarrollo.

Vídeo de apoyo

Entrevista a monseñor Giampietro Dal Toso, presidente de las OMP, con motivo del Mes Misionero Extraordinario

[<https://youtu.be/mD0i2o19KB8>]